

berana mano, solo se dispone tristes ruinas; que es mucho mas seguro el dejaros obrar á vos solo, ¡Dios mio! ó no obrar sino segun vuestras órdenes. ¿De cuántas inquietudes me hubiera libertado si hubiera sido fiel á esta obligacion? Mi suerte hubiera sido la misma, pero no hubieran sido los mismos pesares: en mi sumision á vuestra voluntad santa hubiera hallado la paz que jamás he podido hallar en el mundo ni en mi propio corazon, y despues la recompensa que prometeis á los que en la tierra no han deseado mas que el cumplimiento de vuestra voluntad eterna. Amen.



SERMON II.

PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACION.

ACERCA DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS PARA CONSAGRARSE A DIOS CON UNA NUEVA VIDA.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Habiéndose cumplido el tiempo de la purificacion de María, segun la ley de Moisés, llevaron el Niño á Jerusalem para presentarle al Señor. Luc. 2. v. 22.

No solamente va Jesucristo hoy al templo para cumplir con la ley que mandaba consagrar al Señor todos los hijos primogénitos, sino tambien para dar cumplimiento á la figura; no solo va á sujetarse á un precepto que no se habia impuesto para él, sino tambien á manifestar los misterios de una ceremonia que solamente se ordenaba á él. ¿Por qué mandaria, católicos, el Señor que se le ofreciesen los primogénitos de los hombres y de los animales, como para rescatar en esta ofrenda la vida y servidumbre de

los demás? ¿Por qué se reservaría en la ley de Moisés las primicias de los frutos de la tierra? ¿No es igualmente dueño de todos nuestros bienes? ¿le es acaso menos debido el sacrificio de la tarde que el de la mañana? ¿para que serán estas figuras? Porque Jesucristo, primogénito entre sus hermanos, debía algún día ofrecerse para libertarlos de la condenación de Adán, y también porque Jesucristo, fruto sublime de la tierra, como le llama un profeta, debía ser presentado en el templo, santificar con esta oblacion á toda la naturaleza y restituir al hombre el derecho de usar de los bienes que ella produce, del que estaba privado por haber abusado de él injustamente.

Esto no era mas que una sombra de lo futuro, y por eso no cesaban los profetas de anunciarnos que el resplandor del antiguo templo cederia á la majestad del nuevo. Ya no bajan desde el cielo nubes de gloria para cubrir el santuario, sino que hoy llueven en él al justo; ya no anuncia el ángel del Señor su voluntad á su pueblo desde lo íntimo del propiciatorio, sino el mismo Señor del templo viene en persona á instruir á los hombres en las eternas verdades de su salvacion; ya no vienen los príncipes y conquistadores, atraídos de la fama y majestad de aquel santo lugar, á adorar en él al Dios de los ejércitos y á cargar sus altares de magníficas ofrendas, sino el mismo príncipe de la paz, el rey inmortal de los siglos, el conquistador de Judá, revestido con los despojos de las naciones, viene á ofrecerlas todas á su Padre, como trofeo de su victoria: ya no sube con majestad el humo de los inciensos hácia el trono celestial, sino las oraciones y súplicas de Jesucristo, las que siempre son oidas por causa de su excelencia; ya no corre sobre el altar la sangre de las víctimas, sino que en él se cumple anticipadamente la oblacion sangrienta del Redentor de Is-

rael: finalmente, no es éste un primogénito á quien la Sinagoga ofrece y rescata al mismo tiempo, como incapaz de purificarla de sus manchas, sino que es la misma Iglesia figurada en María, que va á ofrecer su cabeza, su primogénito, las primicias de los que duermen en el seno de Abraham, para quedar con esta santa oblacion sin mancha y sin arruga, y como una pura Virgen, dispuesta para entrar con el Señor en el santuario eterno para siempre.

Como esta es, pues, la primera señal pública de culto que Jesucristo da á su Padre, sin duda quiere enseñarnos en ella las disposiciones con que se debe entrar para consagrarse á él con una nueva vida. Examinemos, pues, las principales circunstancias de este misterio y hallaremos en él un espíritu de sacrificio en Jesucristo que se ofrece á su Padre, y un espíritu de fidelidad en María que le ofrece. Estas son las dos disposiciones que hacen durable y sincera la conversion y agradable á Dios la ofrenda de nuestros corazones; un espíritu de sacrificio, que cuando se ofrece no reserva nada, y un espíritu de fidelidad que en nada falte mientras le sirve. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

El primer respeto que ofreció el alma santísima de Jesucristo cuando entró en el mundo á la justicia y grandeza de su Padre, fué, dice el apóstol, una oblacion de sí misma, y el seno de María fué como el primer templo en que por la primera vez se ofreció este holocausto. Pero en este sacrificio invisible se hallaba todo el aparato de las ceremonias visibles; era preciso que la víctima estuviese sobre el altar, que el precio con que se rescataba fuese llevado al templo, que se pusiese en las manos del pontífice de la ley,

que las santas y justas mujeres se hallasen en este nuevo Calvario; que María Santísima estuviese presente al sacrificio, que reluciese allí anticipadamente la espada del dolor que habia de atravesar su corazón. En una palabra, que allí todo delinease á la vista de su Padre las circunstancias de la cruz y la anticipada historia de aquel grande sacrificio.

A la verdad, católicos, que no habiendo aún llegado su hora, Jesucristo solo se presenta hoy en el templo para darse prisa mientras se espera, á delinear en él los preludios y semejanza de su cruento sacrificio; y así como antes de unirse á nuestra naturaleza se deleitaba, dice Tertuliano, en manifestarse á los patriarcas bajo una forma visible, como para satisfacer la impaciencia de su amor con estos símbolos y ensayos de su encarnación, del mismo modo antes de respirar en la cruz se deleita en ofrecer á su Padre unas anticipadas representaciones de aquel gran sacrificio, como para contentar anticipadamente el deseo que le oprime de ser bautizado con aquel bautismo de sangre y de gloriarse con su muerte.

Pero aunque no se vea aquí mas que una imagen del Calvario, no por eso es menos real la oblación, dice San Bernardo, y esta es la primera condición que me propondré por modelo, la realidad de la ofrenda. Los demás primogénitos á quienes ponian en las manos del pontífice, se presentaban en el templo mas para ser rescatados que para ser consagrados al Señor. Esta ofrenda solo era simulada y aparente; víctimas de pura ceremonia, que nunca morian en el altar, pues reemplazadas inmediatamente por un vil animal, solo conservan en sí la exterioridad y aparato del sacrificio.

Pero Jesucristo entrando hoy en el templo, puesto en las

manos del pontífice y colocado sobre el altar, dice á su Padre: Vedme aquí; las hostias de la ley no eran dignas de vuestra Majestad, pero vos me formásteis un cuerpo, y la ley de muerte que contra mí habeis pronunciado, es el mas ardiente deseo de mi corazón. Desde entonces acepta y padece anticipadamente cuanto ha de padecer despues por su Padre. Ya se le presentan todos los trabajos futuros de su ministerio, las humillaciones de su vida oculta en Nazareth, las penosas carreras de su vida pública, la inutilidad de sus prodigios y doctrina; las calumnias de los sacerdotes y fariseos y todas las circunstancias del infame suplicio; ya ve en el templo el lugar de donde se ha de sacar el precio de su muerte, ya descubre entre la multitud de sacerdotes que cercan el altar, á los padres de aquellos que se sentarán algun dia para juzgarle como á reo; llevado por las calles de Jerusalem en los brazos de María, está ya oyendo á aquel pueblo sedicioso que pide su muerte con terribles gritos; ya ve el fatal camino en donde quedarán impresas sus sangrientas pisadas, y por donde, cargado con la cruz y cubierto de espinas, ha de subir al Calvario; y aunque no está aún entregado á sus enemigos, empieza su amor el sacrificio que el furor de éstos ha de acabar en la cruz.

Primera instruccion. Sin duda que Dios pudiera pedirnos el sacrificio de nuestra vida, pues todo pecador es indigno de vivir, y desde el instante que nos hacemos hijos del pecado nos hacemos tambien hijos de muerte. Pero su clemencia conmutó esta pena, y el continuo sacrificio de los sentidos es la ley de muerte impuesta á todos los fieles. Esta es la ley que hemos aceptado todos en el sagrado bautismo, cuando nos ofrecieron al Señor en el templo; esta es la hostia que se nos manda ofrecer por nosotros para libertarnos de la comun maldición y adquirir el derecho de ser

asociados al pueblo de Dios; este es el martirio de la fe que todos hemos ofrecido. Este martirio, dice San Cipriano, no espera á los tiranos ni á los suplicios, porque halla en la tranquilidad del culto y en las continuas violencias que hace á las pasiones, una paz mucho mas amarga y dolorosa que el terror de sus persecuciones y tormentos: este es el gran testimonio que todos debemos dar á la fe cristiana, confesando la verdad de sus promesas con el continuo sacrificio que la hacemos de nuestros sentidos y de nuestras pasiones, y en este sentido cualquiera cristiano es su testigo, esto es, mártir de Jesucristo. *Eritis mihi testes.*¹

Esta, católicos, es la vida cristiana, una vida que en todo se renuncia y se sacrifica. No obstante, el consagrarse á Dios en la mayor parte de las almas que arrepentidas de sus pasados desórdenes quieren servirle, no consiste mas que en manifestar algunas exterioridades religiosas, contraer amistades mas santas, no huir la comunicacion de los justos, separarse algunas veces del mundo para respirar con mas tranquilidad en el retiro, no avergonzarse de las obras públicas de misericordia, escoger un director espiritual y no vivir olvidados enteramente de los Sacramentos. Pero si no sois menos ambiciosos, menos terrenos, menos sensuales, menos delicados, menos envidiosos ni menos vanos, os ofreceis al Señor como primogénitos de Israel, esto es, os poneis entre las manos del pontífice, os presentais al pie de los altares, pero no sois de la suerte del Señor; no haceis mas que ofrecer por vosotros un vil animal, obras exteriores y apariencias de religion, suponeis que Dios se contenta con esto, y que en lugar de vuestro corazon y de vosotros mismos aceptará una ofrenda extraña.

1. Act. I. v. 8.

No obstante, la mayor parte de las conversiones, particularmente entre los cortesanos, son de esta especie, subsisten con todas las pasiones, y aunque éstas no son tan manifiestas, no por eso dejan de ser menos verdaderas. Entregáronse al Señor, pero no por eso se han separado de los mas viles y peligrosos cuidados de la fortuna. Las envidias, los rencores, las concurrencias, las conexiones humanas no hacen menos impresion en nosotros. La estimacion, la amistad de los grandes, las distinciones públicas, los aplausos de los hombres, y sobre todo, el favor del soberano, nada han perdido de su valor en nuestro corazon, y acaso ocupan el principal lugar en el plan de nuestra nueva vida. Entregáronse al Señor, pero hicieron de la piedad una vida suave y tranquila, libre solamente de los cuidados é inquietudes de las grandes pasiones; una simple indiferencia en orden á las inquietudes anexas á los placeres, en lo que mas hay de pereza que de virtud; una vida reducida á ciertas ocupaciones, que aunque á la verdad son inocentes, son al mismo tiempo fáciles y gustosas; una vida por otra parte natural y muchas veces ociosa, en la que solo se niegan á los sentidos las excesos mas torpes, y en la que muchas veces el vivir mas separado del tumulto y de los grandes placeres, solo sirve de dejar mas tiempo desocupado para cuidar de las comodidades del cuerpo y de la salud: se entregaron al Señor, pero aunque hayan conocido los desórdenes de una conexion ilícita, aun no han roto el lazo fatal que la conservaba, cultivan aún las tristes reliquias de una pasion que creen estar apagada porque se acabaron los excesos; gustan aún de ver aquellos objetos y aquellos lugares en que tantas veces perecieron; semejantes á Rachél, no tributan honores públicos á sus ídolos, pero no acaban de resolverse á separarse de ellos, ni

á perderlos de vista. En una palabra, se entregan al Señor, pero todo cuanto les agradaba antes todavía los agrada; no se han sacrificado, se han contentado con quitar la piel á la víctima, con mudar de exterior, con despojarse de un exterior lascivo y profano, pero no han tocado á lo de más; no han despedazado la víctima como mandaba la ley, y la espada de la fe no ha hecho separacion alguna dolorosa: *Detractaque pelle hostiæ artus in frustra concident.*¹

Entre tanto, perseverando en el uso de las cosas santas, viviendo exentos de los grandes delitos, siguiendo casi los mismos caminos que los justos, falta poco para tenerse por justos como ellos. Y en estos sugetos no es hipocresía, sino que permanecen en el error con buena fe. En el principio, en los primeros tiempos de la conversion, mas atemorizados entonces con la memoria aún reciente de nuestros desórdenes y de las satisfacciones de penitencia de que éramos deudores á la divina justicia, conociamos que nada habiamos hecho por Dios, nos avergonzábamos aun de llamarnos siervos de Jesucristo; y cuando el mundo, demasiado pronto muchas veces para dar nombre de virtud y santidad á las mas leves mudanzas de vida, no nos conocia bien, nosotros no nos engañábamos á nosotros mismos. Pero insensiblemente nos hemos ido familiarizando con este estado; las exterioridades de justicia nos han ocultado nuestra verdadera miseria; las alabanzas que daban los hombres á nuestra aparente virtud, nos han persuadido á que era verdadera y que nos pedia mas el Señor. A fuerza de mirarnos con ojos ajenos, hemos conseguido el tenernos por lo que no somos, y sin haber hecho jamás á Dios un sacrificio real y doloroso de nuestros sentidos, de nuestras incli-

¹ Levit. I, v. 6.

naciones, de nuestras esperanzas, de nuestras comodidades, de nuestras antipatías, de nuestros secretos rencores, de nuestra soberbia y ambicion, creemos habernos consagrado al Señor, haber renunciado al mundo y hecho el sacrificio que Dios nos pedia.

La piedad, pues, católicos, no es mas que el sacrificio de nuestro corazon; pero no basta el que la ofrenda sea real y verdadera, es tambien necesario que sea universal. *Segunda condicion.* Jesucristo, dice San Bernardo, sacrifica hoy á su Padre todos sus títulos, toda su gloria y aun su misma inocencia; nada reserva, para enseñarnos, dice este santo Padre, que en la integridad del sacrificio consiste regularmente todo su mérito: *Offerentes illi utique quod sumus nosmetipsi.*

Es verdad que algunos quieren sériamente volverse á Dios y empezar una nueva vida; pero no quieren hacer de repente un divorcio universal con el mundo; se figuran que si quisieran emprenderlo todo desde el principio, no harian nada; que es necesario irse venciendo poco á poco en ciertos puntos antes de llegar á otros; que en los principios no reprueba el Señor el que se concedan muchas cosas á la flaqueza; que es necesario ensayarse en los enemigos mas débiles para acometer con mas felicidad á los mas fuertes, y que David antes de atreverse á pelear con Goliath habia ya vencido leones y osos.

De este modo se moderan en el juego excesivo, pero no se atreven á privarse aún de los demás deleites; rompen una amistad culpable, pero no quieren al principio abandonar los espectáculos, las conversaciones peligrosas, las conexiones sospechosas é inútiles, y el excesivo cuidado de los adornos; se dicen á sí mismos, que cada cosa tendrá su tiempo, que es necesario que el mundo se vaya acostumbrando insensiblemente á su mudanza de vida, é írsele ellos